

~~2-10-06~~ JLG  
13/Nov/2008

Dedicatoria y reconocimiento a:

René Marqués, Dean Zayas,  
D. Matilde Padilla López y  
Pedro Santaliz

L 912801

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS

MARQUES  
C.1



ULTIMO DOMINGO EN FAMILIA  
(TEATRO)

EDGARDO JUSINO CAMPOS



## PRIMERA PUESTA

Al principio de la obra los primeros dos actores estarán hablando con un público imaginario, no con el verídico; situación que permanecerá así en el caso de Raúl y Mónica hasta el final de la obra. No obstante, en ocasiones hablarán con los técnicos y por momentos un personaje podrá dirigir verbalmente la acción de otro que también esté en escena; de forma que el diálogo puede cruzarse hacia cualquier dirección que sea determinada en su preciso momento. Raúl y Mónica hablarán detrás de un atril cada uno, y estarán situados ambos personajes a los lados extremos del escenario sin interferir con la acción que se desarrollará en el mismo, excepto en las escenas dispuestas para su intervención física en la acción. En el caso específico de estos dos actores, tanto sus maquillajes como sus respectivos vestuarios cobrarán una apariencia especial: semejantes a histriones o arlequines con sus rostros maquillados como para ejecutar una obra de pantomima, de forma tal que serán algo así como máscaras de maquillaje y sus vestuarios algo parecido a la ropa utilizada por los actores para hacer ejercicios. Se recomienda colocar micrófonos en sus respectivos atriles, de forma tal que sus voces suenen ausentes de la realidad circundante, como provenientes de un mundo misterioso y distante. Todos los personajes tienen entre veinticinco y treinta años, excepto en la escena donde Andrés y Matilde deben lucir más jóvenes; y sus maneras entrecruzan indistintamente la tristeza y la alegría, la melancolía y el júbilo. Estarán enfocados con luces verdes, rojas y sin color, dependiendo de lo que expresen y del momento preciso que se recree. Con respecto a Matilde y Andrés, en ningún momento se percibirá en el tono del lenguaje una exaltación desarticulada de ésas que rayan en la estridencia, sino una modulación sosegada alcanzada involuntariamente por esas personas que no encuentran otro remedio a su situación de convivencia diaria. En todo momento el tempo de la obra será sumamente lento.

MONICA: (Como si hablara a los técnicos.) Enciendan las luces. (Al público imaginario, pausada.) Soy uno de esos personajes de esta obra que van a presenciar. Mi compañero Raúl, quien ahora les saluda a la derecha, me acompañará durante toda la acción. (Tanto ella como Raúl ejecutan lo expresado con mucha ceremonia.)

RAUL: (Saluda al público imaginario.) ¡Hola! Ella es Mónica. Los dos estaremos confinados en estas esquinas y cada uno de nosotros hablará desde aquí, a menos que se nos indique lo contrario, únicamente por necesidad. Llevaremos esta vestimenta de hacer ejercicios propia de los actores, pero observaremos una actitud egregia, digna. (Ambos muestran sus rostros pintados de blanco con el gesto pronunciado en líneas negras y rojas, como si fueran fantoches.)

MONICA: Cada uno de nosotros tendrá su atril. Seremos y no seremos parte de la escena. Nuestro mundo es el de la sencilla inconsciencia que lanza a la realidad diversas y confusas intersecciones.



- RAUL: Seremos como una prolongación de la vida misma; por tanto, no se nos puede tomar como entes separados. De vez en cuando subirán y bajarán estos focos que nos alumbran, a petición nuestra o sin que lo pidamos.
- MONICA: A veces parecerá que nos confundimos con los personajes. ¡Que pensamos como ellos! Pero nuestra posición fundamental será la de espectadores. El resto de nuestra relación se notará con la marcha.
- RAUL: Pero no nos vamos a confundir de una manera intrínseca con los personajes. ¿Verdad, Mónica? (Ella asiente.)
- MONICA: ¡Claro que no! Sería una gran injusticia. Nosotros parecemos tan vivos como cualquiera. (Se palpa los brazos y el rostro.)
- RAUL: Y reclamamos nuestro derecho a existir, a vivir y a crear. Somos creadores... (Intervalo de música lenta, espaciosa.)
- MONICA: (Declamando con un éxtasis y arrobos pausados. Se dirige a Raúl con cierto encono en la voz.) Amo mi atril, como parte que es de mi experiencia vital. En los sueños tibios de las noches oscuras, veo ondear sobre él los papeles de la gente como alfombras voladoras, como pedazos que lleva el vendaval. ¡Como todas las cosas que pajarean sin lugar!
- RAUL: Amo mi atril, como gota de lluvia bajo las hojas sombrías. En él, todo lo veo precipitarse como los sueños que dejan de ser porque se realizan. No hay distancias entre él y yo, porque somos compañía que desconoce todo lo separado. Asistimos a una caravana lenta, silenciosa, de anhelos perdidos y equivocaciones encontradas.
- MONICA: (Levanta las manos como para iniciar un rito.) Y levantando las manos al viento lo fundo conmigo en el espejo maravilloso de las nubes para crear a la mujer antes de que amanezca.
- RAUL: Y revoloteando el cabello sacudo el aire para crear al hombre con la maravilla de una aparición, porque yo soy su conciencia.
- MONICA: (La escena se realiza según se describe.) Ella, que se llama Matilde, va construyendo su figura del aire que hay en todas partes. Va tomando de ahí los pedazos que la forman y cuando se detiene en medio del escenario, me señala en algún punto.
- MATILDE: (Aparece de entre las sombras en el fondo del escenario, busca a tientas con la vista algún punto inaprehensible, llega hasta el centro, frente al mobiliario, señala.) Ella, a quien yo sueño con el nombre de Mónica, me sigue encajada en la piel como mi propio latido, como el espíritu que me crea y vaga en este espacio. Como otra que fui no sé en qué momento y ya no soy pero todavía recuerdo.



- RAUL: (La escena se realiza según se describe.) El, que se llama Andrés, me ha salido por los ojos como agua de un brillo opaco, que lleva esencias cargadas de mí. Tiene aproximadamente treinta años, cuatro más que su esposa Matilde. Habla con la economía y la contundencia de un razonamiento preciso y austero.
- ANDRES: (Ejecuta los mismos movimientos iniciales de Matilde.) El, que se llama Raúl, no hace sino seguirme a todos lados y no sé dónde está. Me persigue con el ánimo de petrificarme y detenerme en el tiempo. Quizás me hace como soy, aunque él insistiría en que no es así. Pero es precisamente el tiempo el que lo separa de mí. No pertenezco a sus años vividos, no sé dónde situarlo, y sobre todo me molesta que hable dentro de mí, como si en realidad yo no fuera uno solo.
- MONICA: (Indicando la acción como si la leyera en el atril.) Matilde se dirige hasta donde está Andrés, quien se ha situado en la mesa del comedor con la placidez del que ha disfrutado de un sueño espléndido. Se ve fresco, ágil, lozano. Ellos dirán.
- ANDRES: (A Matilde.) ¿Qué me tienes de desayuno?
- MATILDE (Refiriéndose a ella misma.) Todavía no ha llegado la geicha hasta la cocina, por eso no te tengo nada. (Sus pasos de soñolencia más parecen de cansancio. No he dormido bien todos estos días y después que me despertaste hoy me puse a leer este libro, mientras terminabas tu sueño y luego te bañabas.
- ANDRES: (Con cierta dejadez.) ¿Qué es?
- MATILDE: Tiene un subtítulo que me gusta más que el título mismo; escucha: Historia de una pasión no correspondida.
- ANDRES: He oído eso antes.
- MATILDE: Es de Vargas Llosa.
- ANDRES: Pues entonces creo que no lo he oído. Cuando te da con un autor no lo dejas hasta que acabas toda su obra. ¿Verdad?
- MATILDE: ¡Cierto! Me gusta conocer todo lo que ha hecho y hasta su vida si es posible. Escribió un libro para explicar cómo escribió otro. ¡Es genial!
- ANDRES: (Falto de interés.) ¡Bonita cosa! Y ése Vargas Llosa, ¿de dónde es?
- MATILDE: Peruano.



ANDRES: ¡Ah! Creí que era de aquí. (Cambiando de tono.) ¿Recogiste el periódico del balcón?

MATILDE: (Con sequedad, como si hubiera sido cortada cuando iba a decir algo más.) No. Si te parece, puedes apuntarme en un papel todo lo que debo hacer los domingos por la mañana tan pronto me levanto, menos ir a la iglesia, pues no tengo nada que hacer allí. (Camina hacia la cocina dejando la puerta abierta de modo que se pueda escuchar su voz.)

ANDRES: (Lanza un bostezo largo pero silencioso, se rasca la cabeza y trata de poner en orden su cabello revuelto. Por un lado de la bata se distingue su pijama. Sube una de las piernas en otra de las sillas que hay en el comedor.) Me molesta levantarme el domingo únicamente para pasar visita en el hospital y luego regresar.

MATILDE: (Regresa de la cocina, paulatinamente va y viene trayendo cosas para el desayuno.) Pudieras ir a otro sitio cuando salgas del hospital. Hace una bonita mañana. (Se detiene, mira hacia afuera.) Hay domingos tan brillantes que desde muy niña yo los llamaba "abiertos" y otros tan oscuros y tan nublados que los distinguía como "cerrados". (Sigue su marcha.) También llamé "cerrados" algunos días de la semana aunque fueran brillantes, todo dependía en su clasificación de acuerdo con el estado de ánimo. (Va al fondo y abre una puerta de doble hoja que da al balcón, sale y trae el periódico.) Cuando era niña leí un libro titulado Los días abiertos de la princesa encerrada, lo encontré en una biblioteca rural donde me llevaba mi abuelo. Era curioso el abuelo: me llevaba a casi todos los sitios en una carretilla. Yo era su orgullo.

ANDRES: ¡Ja! Parece un disparate.

MATILDE: ¿Qué cosa?

ANDRES: Ese título. (Pausa.) Como me dijiste una vez de Unamuno, que tenía en uno de sus libros una cita que decía: "De la vida sacarás lo que metas". (Se ríe.)

MATILDE: Y es cierto. Pero en realidad lo que quería decir no es lo que tú piensas, sino que de la vida obtendrás el fruto de lo que pongas en ella.

ANDRES: (Sonriente y rezongando entre dientes, repite.) "De la vida sacarás lo que metas..." ¡Je, je! ¿No me harías el favor de traerme el periódico?

MATILDE: Querido, me falta únicamente ponértelo en las manos. Hace un momento te lo dejé en el sofá.

ANDRES: (Comienza a leer el periódico por la parte de los deportes.) La otra noche estuve hasta bien tarde viendo esta pelea.



MATILDE: ¿Qué pelea?

ANDRES: Esta. Alfredito se hizo campeón mundial de boxeo. (Entusiasmado.) Fue un verdadero peleón. Lo vi el viernes al lado de la sala de partos con los doctores García y González mientras ellos esperaban que diera a luz una de sus pacientes. (Se refiere al boxeador.) En la escuela fue muy pependenciero.

MATILDE: (Como si entendiera.) ¡Ah! (Reflexiona y decide preguntar.) ¿Qué Alfredito es ése?

ANDRES: Escalera, chica.

MATILDE: (Hace un gesto de que más o menos entiende.) Sinceramente, no sé qué saca la gente con ver a dos hombres dándose puños uno al otro despiadadamente.

ANDRES: El boxeo no es sólo un deporte sino un arte. También tiene estilo, gracia, habilidad. (Ella lo mira con un gesto de piedad y falta de sensibilidad para lo que él dice.)

MATILDE: Es tan fácil distorcionar el sentido de la palabra arte. (Reprochándole indirectamente.) Es tan iluso todo eso como la promesa de un hogar santo y gracioso.

ANDRES: (Desconcertado, muy serio y muy molesto, pero modulando la palabra.) Sinceramente, Matilde, ¿qué tiene que ver el culo con la primavera?

MATILDE: (Burlándose, ceremoniosa.) No se enoje, señor cardiólogo. Usted se enoja y enseguida pierde la elegancia, qué sé yo, esa compostura egregia que usted a veces...

ANDRES: (Como si perdiera la paciencia.) O me sirves el desayuno o mejor te vas a echarle agua a tus plantas. Si éste es el precio que tengo que pagar por una tasa de café, mejor yo me lo preparo. Tú te vas a tu lectura o a tu jardín. (Intenta levantarse.)

MATILDE: (Riéndose.) No, no, no. Ya traeré el desayuno.

MONICA: (Con una luz sobre el rostro. Todo se ejecuta según ella lo dice.) Bajen las luces. La escena permanecerá unos minutos a oscuras. Matilde y Andrés aparecen ya compuestos, sin las ropas de dormir, obviamente, el desayuno ha terminado. La escena transcurre en un ambiente común, matrimonial y mañanero.

RAUL: El aparece vestido con una chaqueta ligera a cuadros, color marrón y pantalón crema. No lleva corbata. Está bien peinado y perfumado. Todavía no se decide a salir.



- ANDRES: ¡Qué raro! (Camina un poco y luego se sienta en el sofá.) Todos los días me están pareciendo iguales.
- MATILDE: ¿Parecen iguales? A menos que ocurra algo distinto, lo serán.
- ANDRES: Ayer estuve hablando con una joven enfermera que leyó una obra donde todos los días eran lunes. Se la asignaron en el colegio. Tú la conoces, se llama Angela Bruno.
- MATILDE: ¿La que decía que tenía en el vientre un lente de contacto del médico que le hizo la cesárea?
- ANDRES: Le gusta mucho decir bromas. Como el médico no encontraba el lente después de la operación, ella se puso a gritar, para preocupar al médico, que sentía como si se le hubiera caído dentro de la herida. En realidad es muy amiga de su médico, por eso lo embroma.
- MATILDE: Debe ser que está leyendo Cien Años de Soledad. ¿Y te dijo tu amiga bromista si a ella le parecía que todos los días eran iguales?
- ANDRES: No. Pero se pasa quejándose con las otras enfermeras de turno que no entiende nada de lo que está leyendo. La oí decir que no sabe nada de lo que está pasando en el libro y que se repiten unos Aurelianos y unos Arcadios hasta el final.
- MATILDE: En alguna parte de ese libro se dice que el tiempo es circular. La gente que hace tu trabajo no sabe la diferencia de los días. Me imagino que para un médico, una viscera es una viscera, independientemente de quién sea su propietario y en qué condiciones la vea. ¿No?
- ANDRES: Yo no acostumbro a mirar la cara de la gente mientras opero, puede ser perjudicial para el control de los nervios. Unos pierden el color, otros se ponen morados por la pérdida de sangre y así. Para operar hay que tener sangre de respuesta en muchos casos. Si uno sabe que todo va bien abajo donde se trabaja, ¿para qué mirar arriba? Eso se hace después que despiertan preguntando cómo van las cosas. (Se levanta y camina hacia el balcón. Matilde prepara su regadera.) Siempre me he preguntado si todas las esposas de los médicos les echan agua a las matas los domingos por la mañana. ¿Será que no hay otro día para hacer eso? ¿O se trata de un rito muy especial? ¿Un esparcimiento terapéutico? ¿Una tirantez? ¿O será que las matas no beben agua el resto de la semana?
- MATILDE: (Como si no hubiera oído las reflexiones de Andrés.) No estoy segura de que el título aquél leyera "encerrada".



- ANDRES: Te estoy hablando y estás más o menos en el tercer anillo de Saturno. A cada rato sales con algo que no tiene que ver nada con el tema que estamos tratando.
- MATILDE: Pues, ¿es que se te olvidaron las clases de botánica que tomaste o es que todos los médicos se levantan el domingo por la mañana preguntando las mismas zanganerías que tú preguntas?
- ANDRES: ¿Quieres que te hable de vísceras? No me parece buen tema para después del desayuno. Debí ser abogado, como tú querías ser. (Pausa.) Es decir, quieres ser. Y ser famoso y estar metido en la política, como te gusta a ti. Ir a foros y congresos y cosas de esas. Cualquiera se adiestra en el arte de discutir teniéndote cerca.
- MATILDE: Y dale con el arte...
- ANDRES: Pues seguro. Eres muy buena sofista, elocuente por demás...
- MATILDE: (Concluyendo la conversación y llevándola a otro tema, suspira y se asoma por una ventana que da hacia el balcón.) El aire del domingo en la mañana trae esencias dormilonas. Ya los vecinos encienden la radio; parece que la vida en este sitio comienza con la radio. La gente despierta sobresaltada como si regresara de una muerte.
- ANDRES: (Se refiere a la radio.) No es necesario que pongas el tuyo. La hija de la vecina se propone hacer la limpieza hoy; lo sé porque cuando lo hace pone la radio a todo volumen en el montón de potes esos que suenan y llaman salsa.
- MATILDE: Peor es que la ponga en eso que ahora llaman roquero.
- ANDRES: De modo que será así hasta por la noche. (Cambiando de tono.) Es una loca la chica esa: anoche la traían dos individuos por los brazos y ella casi se caía de lo borracha.
- MATILDE: Es una alondra libre para hacer lo que quiere.
- ANDRES: Lástima que termine arrepintiéndose más tarde de lo que haga ahora.
- MATILDE: Todo depende... si tiene alguien que se encargue de recordárselo a cada instante.
- ANDRES: (Con fingida naturalidad.) Siempre habrá quien le recuerde a uno lo malo que haya hecho. Sobre todo si ya no se trata de una bebé, como en el caso de ésta, que se ha desarrollado sorpresivamente a un volumen asombroso. Cada nalga de esa muchacha es comparable con una rueda de camión. (Ríe su propia ocurrencia.)



- MATILDE: ¿Ya ves? No te acuerdas mucho de la botánica que aprendiste, pero en anatomía sigues siendo muy bueno. Eres muy preciso y muy gráfico en tus observaciones. (Mira su propio cuerpo resintiéndolo las palabras de Andrés.) Se nota que la luna de miel pasa pronto. Lo malo de mucha gente, y entre ellos, nosotros, es que cuando estamos enamorados, no sospechamos cómo seremos cuando se acabe el amor.
- ANDRES: Se trataba de una broma. (Queriendo desviar la conversación.) ¡Qué raro que no sepas quien es Alfredito! Tú tienes que conocerlo.
- MATILDE: No sé nada de boxeadores. Excepto que se matan para deleite de todos y por millones de dólares.
- ANDRES: (Insistente.) Pero si te dije una vez que fuimos juntos a la escuela.
- MATILDE: Peor aún. Ahora debe estar muy cambiado, de seguro que tiene el rostro como una ciruela.
- ANDRES: Nunca pierdes...
- MATILDE: Tú tampoco... (Pausa.) ¿Por qué no me dijiste que estabas pendiente al puesto de Director Médico?
- ANDRES: (Aparenta exagerado asombro.) ¿Yo? (Pausa.) Pues... No quería que lo supieras hasta que me nombraran.
- MATILDE: Por cuestiones de sorpresa, ¿no?
- ANDRES: No. (Un poco amoscado.) Tú sabes la clase de suerte que tengo, cuando anticipo las cosas me salen mal. Parece que al ponerle palabras las espanto.
- MATILDE: ¿Entonces se trataba de un rito muy privado y personal? ¿O tenías miedo a que te dijera que estabas trepando muy rápido. (Le ha dado una entonación muy especial a la palabra "trepando".) ¿Consideras indiscreción decirme ciertas cosas?
- ANDRES: Hay cosas que es mejor no decirte, siento que me quitas los ánimos para hacerlas.
- MATILDE: Desde luego, y después dirás que todo lo conseguiste solo, y gracias a ti mismo subiste a la velocidad de un jet, por no decir, tú sabes de qué...
- ANDRES: (Burlándose y aparentando asombro.) ¡Supongo que la esposa de Pablo Neruda, Matilde Urrutia, nunca le habló así a su marido. Es indecoroso. Además si quieres imitarla...



- MATILDE: Sospecho que no. Me imagino que en su caso nunca fue necesario. No todas las mujeres tenemos de marido a un Pablo Neruda. De seguro Pablo Neruda me hubiera dejado estudiar, me hubiera pedido que le sirviera menos y jamás me hubiera permitido pagar una carrera de médico. ¿No te parece?
- ANDRES: No sé. No sé qué clase de persona era. (Pausa.) Desearía irme tranquilo a pasar visita...
- MATILDE: (Distraída.) Desde que te levantaste te estás yendo, amor.
- ANDRES: (Va a la puerta.) Hasta ahorita. (Sale.)
- MONICA: (Interviniendo, narrando pausada.) Se trata de uno de esos domingos del verano, donde la cacofonía de los días de fiesta se refleja en la radio y en los tocadiscos. El vecindario como que se levanta en un aire vaporoso. Se oyen a lo lejos ruidos de autos, máquina podadoras de grama y hasta un oscuro y lejano vendedor de azucenas. Un autobús distante apaga su rumor al perderse en un quejido largo, extenso como una carga pesada. (Bajan las luces. Matilde entra en un plano de sonambulismo, un caminar lento entre la tinieblas.) Es difícil a veces acordarse del aire húmedo del jardín. De la llanura extensa y verde que frente a tus ojos circundan las montañas. De una historia que comienza en cualquier lugar, que termina en cualquier lugar, como una cosa trivial, eternamente diaria. Hubieras preferido tantas cosas en un tiempo y ya prefieres muy pocas. Estar aquí parece igual a estar allá. Quizás no saber mucho de ideales y sobre todo no ser demasiado consciente. Este es tu límite, el límite del sueño, el final del túnel o la calle sin salida: un espacio extenso que vaga y vaga, como entre las montañas escondidas, y más espacio después, y una mancha de estrellas, ahí, todas las noches y un punto lejano, ahí, todos los días, inaprehensible después. En algún momento soñaste con un viejo tren de Nueva York, un parque, como sueñan muchos, la nieve, y caer en un universo de palabras que no sabías capturar, que te golpeaban la imaginación como agua que cae y continúa su marcha.
- RAUL: (Interviniendo, narrando pausado.) Entonces todo era distinto. Las cosas parecían tener un olor de complacencia. De imágenes que te llegaban de lejos, de sueños que imaginabas que estaban al otro lado de las montañas y que había que ir a ver algún día. De cosas que te prohibía la sonrisa de tu padre y apenas la aprobaba por cariño la de tu abuelo, de espaldas a tu padre con su sombrero de paja y su camisa caqui eternamente sudada en medio del campo. Ese campo rojo, barroso, tan preñado de sumos ligeramente agrestes, con ese sol de lámpara eterna. Y ese deseo de volar lejos de aquella montaña esperando



un milagro en el marco de la puerta. "Usted señor", dijiste. "¿quién es?" "Me llamo Andrés", oíste, "soy estudiante de premédica", oíste. "Y Andrés, ¿significa andar?", dijiste. "No sé qué significa", oíste, "pero debe significar viajar, irse, dejar este monte y este valle solitarios, vacíos, donde planean la aves a sus anchas en un inmenso espacio y el sol ciega cuando se refleja sobre la oscura lámina del lago", pensaste, "algo como moverse a otro mundo donde la esperanza es ya una fiesta, donde los sonidos cobran tanta realidad que se ven", dijiste. "Estoy preparándome para entrar a la escuela de medicina", oíste. "Y cómo es que ha llegado hasta aquí?", dijiste. "Pues, simplemente se descompuso esa guagua que ves ahí. Voy hacia el Colegio de Mayagüez. Vine a mirar estas montañas en lo que la arreglan", oíste. "¿Crees que tarde mucho?" dijiste. "De todas formas, hablaremos un rato", oíste. Y todo te pareció irse del sitio, cambiar, viajar en el extenso mundo de las experiencias que habías leído en los libros, de montones de gentes que eran llamados en ellos por sus nombres y que para ti vivían de verdad.

MONICA: (Interviniendo, habla como en secreto.) El domingo es recuerdo de formalidades. (Pausa.) de unas cadenas que van y vienen como crujiendo cuando suben el cubo del agua lleno solo hasta medias en el viejo pozo. ¿Cómo compara una recepción entre esposas de médicos, con el agua sucia del pozo? ¿Cómo te miran como esposa y cómo cuando no lo eres? (Pausa. Matilde cesa en su vagar sonámbulo, se detiene y como que regresa al plano real. Raúl deja su atril e irrumpe lentamente en el escenario. Al entrar está cubierto con una capa de agua y una pequeña valija, inmediatamente deja ambas cosas y lo vemos como al principio. No obstante, Matilde permanece de espaldas unos minutos hasta que se siente interpelada. Suben las luces a la normalidad. La escena se realiza el viernes antes. Mónica efectuará gestos de nostalgia, tristeza, alegría; de acuerdo con el ritmo del diálogo que escucha.)

RAUL: Me han dejado solo para acompañarte. (Matilde se vuelve repentinamente.)

MATILDE: ¿Por qué descienes hasta aquí?

RAUL: No puedo hablar todo el tiempo desde mi atril.

MATILDE: ¿No te conformas con hablar dentro de mí? No te quiero en mi vida presente, no existes. Eres tan sólo una sombra.

RAUL: No más que tú. Creí que te habías acostumbrado. Tienes un público que te observa.

MATILDE: Yo soy mi público y yo me observo.

RAUL: Te equivocas. Si he descendido hasta aquí es porque no estás sola. Me gusta mucho tu casa. (Pasea un poco.)



- MATILDE: (Aceptando un cambio de conversación.) Pudiera ser mejor y no lo es. (Pausa.) No me interesa que lo sea.
- RAUL: ¿Puedo llamarte simplemente Matilde?
- MATILDE: Por ahora. ¿Me perdonas un momento? Debo llamar a mi esposo para decirle que llegué bien. (Va al teléfono, marca, espera.) ¿Mónica? (Pausa.) Es la esposa del doctor Hernández, ¿está cerca del teléfono? (Pausa.) Oye, todo está bien, ¿sabes?. Excepto que dejaste sobre la mesa uno de esos aparatos de mirar en los oídos de la gente. (Pausa.) Ya lo sé que tiene su nombre pero se me olvidó. (Pausa.) Adiós, que trabajes poco. (Cuelga la bocina.)
- RAUL: ¿Te gustan las flores y las plantas? (Tomando en sus manos el instrumento que Matilde señaló sobre la mesa.)
- MATILDE: Sí. (Molesta.) No me digas que has aparecido que sé yo de dónde con esa máscara tan insólita únicamente para preguntarme si me gustan las flores.
- RAUL: También me gustan a mí.
- MATILDE: Pero a Andrés no. Y él es el dueño de esta casa. Se mueren cuando él las mira. (Pausa y frente a la expresión de Raúl.) Aunque tú no me lo creas.
- RAUL: Yo puedo revivir tus flores.
- MATILDE: ¿Por qué no? (Se acerca a él, lo mira llena de un misterio profundo, de algo que ella no acierta a comprender. Levanta su mano y la acerca al rostro de Raúl sin tocarlo.) ¿Cómo te llamas?
- RAUL: RAUL. (Devuelve el instrumento a la mesa.)
- MATILDE: ¿Raúl? (Asombrada.) Tuve un amigo que se llamó Raúl allá en el campo. Fuimos muchas veces al río y él me regalaba rosas.
- RAUL: ¿Te besó alguna vez?
- MATILDE: No. (Pausa.) En realidad no lo hizo porque no se atrevió. Era demasiado tímido.
- RAUL: ¿Ah? (Pausa.) ¿Y por qué no lo hiciste tú?
- MATILDE: (Retrocede con temor.) No era correcto.
- RAUL: ¿Hasta dónde sabías lo que era correcto?
- MATILDE: Pues... ¿Qué sé yo? (Pausa, inquieta, contestando la pregunta.) Hasta la sonrisa de mi padre cuando regresa con la asada al hombro por la tarde.



RAUL: ¿Siempre que pensabas en lo correcto pensaban es eso?

MATILDE: Sí. (Regresa hasta él, lo contempla de cerca.) Eres extraño. Te ves como mojado.

RAUL: Siempre estoy así... ¿Por qué no te evoco un nuevo recuerdo?

MATILDE: (Confundida, le da la espalda.) No sé... es decir, no es que no... (Se vuelve a él nuevamente.) La humedad de tu presencia es suficiente para lograr un nuevo recuerdo. Antes, cuando la humedad de Andrés me producía algo pegajoso entre las piernas, solía soñar que veía su silueta montada sobre los aires, agarrándose de cualquier cosa para llegar hasta mí; con su aire sonriente de cínico eterno. Y aquella frase tan estúpida: "pues simplemente se descompuso esa guagua que ves ahí..." En cambio, tú eres como una oleada de sudor, como un ventarrón de aliento.

RAUL: (Como completamente confundido.) ¡Oyeme, no me digas que me recogiste en esa parada de autobuses, sin siquiera conocerme, para traerme aquí y decirme todas esas locuras...

MATILDE: (Aterrada.) ¿Que te recogí qué...?

RAUL: ...que se te ocurren con ese aire que te gastas de la hija del vampiro! Yo tengo que llegar a mi casa. Es viernes en la noche y me esperan. Me esperan, ¿oyes? Tengo familia y...

MATILDE: ¿Cuándo te vi allí?

RAUL: Tú sabes cuando me viste...

MATILDE: (Resignada, como entendiendo algo.) Es verdad... Sé cuándo te vi. Andrés quiso que lo llevara al hospital. Tenía guardia y lo dejé allí. De regreso, llovía tanto, eras un bulto en una esquina agazapado. ¿Por qué tenías que estar allí a esa hora y por qué tenías que llamarte Raúl? (Aturdida se sienta y encorva su figura sobre las rodillas.) ¿Por qué recordarme el monte, el vacío de las aves, la gente que pasaba y se iba y mi padre con la azada? Pudiste haberte llamado de otra manera.

RAUL: (Muy apenado.) Simplemente me llamo así, y no puedo pedirte excusas por ello. Quisiera no producirte esta angustia. Ojalá fuera yo otra cosa para ti, pero soy...

MATILDE: Una visión. Algo que no está en ningún sitio. (Pausa.) Cuando te vi allí, la mirada se salía de tus ojos, vagaba. Te cubrías del aguacero inútilmente y tenías un aspecto tan indefenso, tan piadoso de ti mismo. (Camina un poco.) Ya habías llegado a mí antes de que yo te viera. (Raúl hace un gesto de no comprender.) No te desesperes. Es más, no finjas. Presentía que ibas a encontrarme. (Convencida.) Es que tenías



que encontrarme. Tan sólo, tan siquiera una vez en la vida tú tenías que encontrarme.

RAUL: (Como atraído y a la vez confundido, con un vago furor.) Demonio, quisiera poner un poco de orden en todo esto.

MATILDE: (Ansiosa.) Todo está en orden. ¿Es que no comprendes? (Apartándose, camina lento con la mirada perdida.) Así caía yo en un pozo tan profundo. Era una gruta interminable, un avismo sin fin. Caía contigo hasta atravesar la tierra por el interior y viajábamos hasta el otro lado. ¿A dónde hubiésemos llegado? ¿Qué país está exactamente al otro lado?

RAUL: (Verdaderamente confundido.) Válgame, Dios mío, ¡qué rara eres! (Tratando de imprimir un tono jovial.) ¿Para esto me trajiste? Si quieres que te oiga, yo te oigo. Habla todo lo que quieras. De seguro te estarás riendo de mí. Lo único que me falta es que me enseñes la caja de muerto donde duermes de noche.

MATILDE: (Como si no lo hubiese oído.) Eras uno sólo, único a la vez. Mi padre sujetaba con una mano los utensilios donde llevaba diariamente su almuerzo cuando trabajaba en el campo. Y allí estabas tú. Detrás de la amapolas esperando a que él se fuera. El abuelo estaba en el balcón pero se hacía el que no veía. Mamá te dejaba entrar, eras como su hijo. Ella creía que nos iríamos juntos a un lugar donde hubiese gente. Todo para ella era un destino verde y se secó esperando allí. Quería ver gente, tú me llevarías a ver gente, Raúl. Tenías porte de soldado, decía mi madre, el soldado todo se lo lleva, no sabía a dónde, pero todo se lo llevaba. (Pausa.) No me llevaste. Es más, no te vi más. (Cambiando de tono.) ¿Todavía estás a tiempo para llegar temprano a tu casa esta noche?

RAUL: (Indeciso y como espantado.) Supongo que sí. Oye, ¿estás segura de con quién estás conversando? ¿De veras sabes quién soy y te hago falta? ¿Qué quieres de mí? Tu marido se llama Andrés...

MATILDE: (Con una mirada vaga.) Creo que sí. Así dicen.

RAUL: (Como si de verdad comprendiera algo.) ¡Ah!

MATILDE: ¿Quieres hacerme un favor? ¿Por qué tienes esa valija? Y explícame por qué andas vestido así y tienes esa máscara.

RAUL: (Turbado.) Perdona... es mi modo de ser. Contigo es difícil explicarlo todo. Creo que mañana no me acordaré de nada.

MATILDE: Te equivocas. Me vas a recordar mucho. Esta entrevista conmigo se te grabará y mi presencia se reirá de ti en todas las esquinas de tu memoria. Pero sobre todo... me da pena verte así. (Raúl se ve como acurrucado y como protegiéndose de algo.) Creo que debes olvidarme. (Pausa.) ¿Te gustaría sentarte?



- RAUL: (Mirando a los alrededores.) Estoy bien así. Creo que ya me voy. (Camina un poco.) Tu casa es preciosa, ¿sabes? (Va hasta el ventanal del fondo.) ¡Cuántas plantas! (Pausa. Como por decir algo.) Mi madre decía que la maternidad comenzaba por las plantas caseras.
- MATILDE: (Comienza a acercarse insinuante hacia él.) ¡Ah, sí! ¿Y qué quería decir con eso?
- RAUL: Créemelo que si lo supiera me daría el gusto de explicártelo. Por eso nunca se lo había comentado a nadie. (Como atontado.) Tampoco se me ocurrió preguntárselo a mi madre.
- MATILDE: (Se acerca más, Raúl la ve venir desconcertado.) No deja de ser raro. ¿No te parece?
- RAUL: Tú tampoco dejas de serlo. Me traes aquí, ésta es tu casa, estás casada, tu marido está trabajando, es tarde en la noche y... no sé qué más.
- MATILDE: (Se acerca más, Raúl se pone muy nervioso.) Eres inofensivo. Yo andaba por ahí buscando un hombre inofensivo y apareciste tú.
- RAUL: ¡Oh! ¡Ya veo! (Retrocede un poco.)
- MATILDE: Así que vas a tener que pagar el precio de ser inofensivo.
- RAUL: (Deteniéndose en firme y aparentando resolución.) Es posible que no lo sea tanto como tú. Si me vienes con retos, pues a mí qué... no llego a casa esta noche. Te advierto que tienes que tener cuidado porque si me gusta me quedo y tu marido me encuentra aquí. (Matilde lo mira como a una cosa absurda.) No te rías.
- MATILDE: Ya veremos...
- MONICA: (Interviniendo pero sin moverse de su atril, da un grito bien fuerte.) No, Raúl, retrocede. (Raúl se retira rápidamente, recoge su capa y la valija. Ambas piezas las deja caer antes de llegar a su atril recobrando la compostura. Matilde se inclina presa de arrepentimiento y melancolía, dobla las rodillas y hunde el rostro entre sus manos. Mónica habla al viento, se sobreentiende que a los técnicos.) Apaguen la luces.
- (Sube lentamente la iluminación después de una breve pausa. Ya Raúl está normalmente situado en su atril, compuesto y arreglado con su ropa habitual se siempre. Mónica no está en su atril, ni Matilde en el escenario. La escena que ocurrirá inmediatamente se desarrolla también viernes en la noche consecuenta a la anterior. Al subir las luces en el escenario, estamos frente a



un mostrador cualquiera de un piso en un hospital indeterminado. Se ve un teléfono sobre el mostrador y detrás una pizarra con el horario de los médicos y una balanza a un lado para pesar los pacientes. Se ve al fondo, expedientes, gabinetes y una puerta. Mónica entra por dicha puerta vestida con uniforme de enfermera pero llevando bajo este uniforme su ropa habitual utilizada en el atril y sobre todo su máscara de maquillaje. Al entrar se coloca detrás del mostrador y escribe en un expediente y a su vez lo arregla. Andrés entra desde otra dirección. Viene cargando un pequeño televisor portátil y su maletín de trabajo.

MONICA: Buenas noches, doctor.

ANDRES: Buenas noches, Mónica. Usted siempre tan puntual. (Va al fondo, abre la puerta de uno de los gabinetes, se quita la corbata y la chaqueta, las guarda tomando una bata blanca y se la pone. También coloca en el gabinete el maletín que traía y el televisor, sacando antes su estetoscopio y colgandoselo al cuello. Al finalizar el cambio de ropa, parece un hombre listo para trabajar. Habla después de efectuar todos estos movimientos.) No sé cómo no le molestan estas guardias de once a siete, y sobre todo un viernes.

MONICA: (Como distraída escribiendo todavía y concentrada en examinar el expediente muy rígida.) A todo uno se acostumbra.

ANDRES: (Arreglando un poco las mangas de su bata.) Es una desgracia tener que acostumbrarse a todo. Figúrese que mi esposa antes protestaba por traerme de noche, por dejarme aquí, por dormir sola. Y ahora apenas sonríe cuando me deja frente al hospital, ejecuta una vuelta en su camioneta y ya. Simplemente la veo perderse entre la luces de la calle con su figura erecta y sus manos sobre el volante, más derecha que uno de esos postes oscuros que se ven de noche a la orilla de la calle. (Pausa. Interesado y preocupado.) ¿Se puede saber qué hace con ese expediente?

MONICA: Sí, señor. Termino de organizarlo de acuerdo con el informe del Departamento de Patología. Es de la paciente cuya que murió anoche mientras dormía: Encarnación Avilés.

ANDRES: (Entristecido.) ¡Ah, sí! (Pausa.) Con setenta y tres años y viviendo con un marcapasos, es una verdadera suerte morir durmiendo. (Suspira profundo.) ¿Sabe una cosa, Mónica? Yo debí haber sido ginecólogo o pediatra o qué se yo. Tal vez generalista, y vivir de catarros y recetar boberías que alivien las preocupaciones de la gente común, que se creen que flema en el pecho es cáncer o algo así. O curar neurosis imaginarias de damas empingorotadas que suspiran por sus amantes, como en las novelas. Pero se me ocurrió ser cardiólogo y ya usted ve, hay que estar cerca de la muerte todo el tiempo. Los médicos que trabajamos con el



corazón o con el cáncer llevamos una tarea muy triste en la vida. (Pausa.) Por otra parte, la gente cree que no se va a morir nunca, ¿usted sabe? Y comen y engordan y beben y fuman. ¡Ah! ¡Qué barbaridad! Somos un pueblo de gordos, además de ociosos, claro está. Y no hablemos de lunáticos, vagabundos, frenéticos de la política y de infelices en general. (Suena el teléfono.)

MONICA: (Tomando la bocina.) Sí, ¿cómo no? Está aquí al lado. (A Andrés.) Es su señora.

ANDRES: (Tomando la bocina.) ¡Hola! (Pausa.) Me alegro de que todo esté bien. (Pausa.) Ese aparato tiene su nombre y tú lo sabes. Está bien, tengo otros aquí. (Pausa.) Hasta mañana, que duermas bien. (Cuelga.)

MONICA: Examine el expediente, doctor. No olvide firmarlo, por favor. (Sale por el fondo.)

ANDRES: (Toma el expediente en sus manos y lo lee cuidadosamente. Entra por el fondo el doctor García.)

DR. GARCIA: (Viejo, conoso, muy experimentado, jovial, francote, amistoso. Pasa por allí como algo ocasional. Como si se encontrara con Andrés después de mucho tiempo.) Doctor Hernández, ¿cómo le va?

ANDRES: (Sorprendido de verlo, le estrecha la mano.) Perfectamente, ¿y a usted?

DR. GARCIA: Pues ahí, en los últimos toques, ya estoy por retirarme, ¿usted sabe?, ya está bueno de sacar muchachos de las barrigas.

ANDRES: Peor hubiera sido que fuera proctólogo, hubiese tenido que trastear a la gente por detrás.

DR. GARCIA: (En broma.) No crea. A lo mejor no hubiese sido tan malo. Como decían los griegos: (Sentencioso.) "El mejor camino... el recto." (Ríen ambos.) Usted sabe cómo es eso: la gente prefiere dejarse morir de cáncer en la próstata a dejarse meter el dedo. (Nuevas sonrisas.) ¿Va a ver la pelea?

ANDRES: ¿La de Alfredito? Pues seguro que sí. Figúrese, doctor, que fuimos juntos a la escuela.

DR. GARCIA: ¡No me diga!

ANDRES: ¡Claro! Es más, tuve que pelear con él. Por supuesto, me arrastró por el piso. (Sonríe.)

DR. GARCIA: (Entusiasmado.) ¿Y cómo fue eso?



ANDRES: ¡Ah!, cosas de muchacho. Se puso de mal humor conmigo. Usted verá: yo vivía en una urbanización nueva que tenía al lado una finca, y el dueño de la finca conocía a mi padre. Por consiguiente, aprovechándome de esa amistad yo iba a la finca y tomaba prestados los caballos que usaban para reunir la vacas para el ordeño. Y una vez se me ocurrió tomar prestado uno que estaba usando Alfredito, y ahí fue. Y para resumir, voy a tomar prestado un título de Pablo Neruda. Usted sabe, mi esposa admira mucho a Pablo Neruda, además se llama Matilde, igual que la esposa de Pablo Neruda. Y hace poco leyó un libro de él titulado Confieso que he vivido. Pues bien. (Levanta su mano derecha y la izquierda la lleva al pecho jurando.) "Confieso que he corrido." (Ríe de su propia ocurrencia.)

DR. GARCIA: (Sonriendo también.) Bueno, doc., si usted quiere ver la pelea con nosotros y no tiene mucha gente en intensivo, nada más que vaya al cuarto que tenemos al lado de la sala de partos. El doctor González y yo tenemos una paciente, pero en lo que aceleran las contracciones... ya sabe. (Acercándose y como en secreto mira hacia los lados, alude a la bebida.) Y si quiere darse algo más, lo resolvemos también.

ANDRES: Gracias, doctor. Yo había traído un televisor, pero si es así, allí estaré. (Pausa.) ¿Qué hora es? (Mira su reloj.) Once y cuarenta. La pelea es a las doce y quince.

DR. GARCIA: Lo esperamos, doctor. (Sale por el fondo y se cruza con Mónica que entra.)

ANDRES: Hasta ahorita. (Transición: bajan las luces y quedan en penumbra.)

RAUL: (Interviniendo, habla pausado.) Mónica es enfermera. Trajina, da vueltas, ve expedientes, corrige algunas ligerezas de los médicos que dejan los papeles fuera de sitio. Se coloca detrás del mostrador y piensa en nada que pueda determinarse; en un pasado sombrío, en un futuro espantoso e imprevisible, en una muralla insondable de cosas invisibles, que al parecer la aplastan y ella se resiste ferozmente. Andrés hojea expedientes con un pejareo un tanto insulso. Corre las páginas de un manotazo con el hastío del que todos los días lee lo mismo sobre un papel cualquiera. No obstante a veces habla con una voz que no es de él.

ANDRES: (Muy triste, habla como estático y fuera de sí.) Hay una dama en la noche... encantadora señorita del amanecer. (Mónica se detiene extasiada.) Todavía me quedan sueños y ellos te perciben tal cual eres. (Pausa.)



Eres un sol negro, ennegreces bellamente el espacio donde las estrellas se han perdido como marineros abandonados. Vomo esos viejos pasajes de Pablo Neruda. (Recita.) "... en la tierra de tu alma, en la cruz de tus brazos..."

MONICA: (Actuando dentro de su extasis y manteniendo el juego unos instantes, luego lo rompe.) No es el sol, en lo profundo de la oscuridad; sino el cielo de ceniza el que ha hecho posible nuestro encuentro.

ANDRES: ¿De qué manera podría yo encontrar una hija de la noche?

MONICA: Divagas, no soy lo que crees. Debes mirar las luces que te rodean y precisar el mundo como ahora está.

ANDRES: Pero vienes a mí.... (Se sienta tras el mostrador.)

MONICA: (Habla y se mueve como en sueños.) Hay una tragedia espantosa a tu alrededor. Algo que atrae y es repulsivo a la vez.

ANDRES: ¿Es lo único?

MONICA: ¿Crees que es poco? (Se coloca detrás de Andrés.) Antes no eras así. Eras más afable, más comprensivo. Admirabas mis manos morenas sobre los expedientes y te daban deseos de tomarlas, de aprisionarlas. Yo era atractiva para ti.

ANDRES: Se veían fuertes tus manos. Con una seguridad cautivadora

MONICA: ¿Ya no lo son?

ANDRES: Han cambiado.

MONICA: (Rompiendo el éxtasis.) Tú las miras cambiado, ya no eres igual.

ANDRES: (Se levanta y camina.) El tiempo pasa.

MONICA: No sospeché que lo que sentías por mí era cuestión de tiempo.

ANDRES: Lo fue. Todo es perecedero. (Pausa.) Te di una vida libre. Libre de ataduras para ti.

MONICA: Con la promesa de que estarías conmigo.

ANDRES: Todo está unido al tiempo.

MONICA: La huida de todos hace mi soledad espantosa.



- ANDRES: (Como si no la hubiese oído, da unos pasos y mira al vacío alucinado.) Es noche de estrellas. Tengo que vigilar pacientes en noche de estrellas. Me parece una desgracia. Hubiera querido estar haciendo otra cosa.
- MONICA: (Quebrando un poco el éxtasis, con naturalidad.) ¡Demasiado tarde para eso! Pero en el fondo, también me ocurre a mí.
- ANDRES: Pensé que estabas contenta con todo y con el trabajo que realizas.
- MONICA: Estar contenta es una manera de vivir. No recuerdo haberla aprendido nunca. Cuando más o cuando menos uno no se siente satisfecho de lo que hace porque la satisfacción no parece presencia de este mundo.
- ANDRES: Es curioso. Nunca he podido concentrar con mucha precisión en el lugar exacto donde estoy y tampoco en el momento. Pero experimento y sé que hay un presente bueno, aunque a veces todo me parezca mejor en otro tiempo, con otra gente.
- MONICA: Pues, ¿cómo estar satisfecha?
- ANDRES: Te casaste, hiciste una vida, no resultó.
- MONICA: No, no resultó. También perdí mi tiempo viendo tu rostro fascinado al mirar mis manos.
- ANDRES: (Con sencillez.) Si no atendemos al tiempo cuando nos llama, lo perdemos.
- MONICA: Hay muchas cosas que los médicos no pueden curar.
- ANDRES: (Muy simple.) He oído pocos reproches por ser médico. No veo cómo una enfermera puede detestar a los médicos.
- MONICA: Me arrepentí después de ser enfermera. Me arrepentí después del divorcio, me arrepentí de todo y no quiero nada. Se acabó todo para mí.
- ANDRES: Debe ser que no lo pensaste bien.
- MONICA: (Con sencillez.) Ni bien ni mal. Esas cosas no se piensan en el fondo. Se da el paso y ya. ¿Cuánto tiempo permanece todo en la mente de uno? Se cierran los ojos y allá voy.
- ANDRES: Significa que es igual que casarse: se cierran los ojos y allá voy. ¿Algo así? Todo es muy cotidiano, hasta lo más importante. ¿No te parece? Uno decide la vida misma como decide lo cotidiano.



MONICA: ¡Mírate! ¡Médico! ¡Joven y brillante en tu profesión! Pero deseando ser como el doctor García: un ratón solitario recetando emplastos para hongos y secreciones. Pero si no es difícil verte con tu corbata y las manos clínicamente limpias y a la vez tan encantador y melifluo, con tus manos secretamente impregnadas con mis olores vaginales...

ANDRES: Son dos situaciones distintas.

MONICA: ¡Claro! Con esa cara que pones, ¿qué paciente tuya, si fueras ginecólogo, pensaría que puedes olerte los dedos después del examen?

ANDRES: ¿Qué clase de loca eres?

MONICA: ¡La que tú hiciste! ¡Me condicionaste en todo!

ANDRES: Debió ser así.

MONICA: (Con histeria.) No debió. (Se adelanta con los puños crispados hacia Andrés.) Tú soñaste por un tiempo que debió serlo, pero no debió...

RAUL: (Interviniendo apresurado.) ¡Mónica, no! ¡Regresa! Apaguen las luces.

FIN DE LA PRIMERA PUESTA



SEGUNDA PUESTA

La luz en el escenario será muy tenue, se aviva primero en ambos atriles; permanecen en ellos Raúl y Mónica. En la oscuridad están Matilde y Andrés, los padres de Matilde y un grupo de amigos. Entran primero Andrés y Matilde, él se adelanta en el escenario y ella se queda rezagada para encender la luz. Están en ropas de diario, ambos lucen muy jóvenes y vivaces, siendo significativo que la presente escena es mucho antes que todas las anteriores. La casa tiene un aspecto mucho más descuidado, no obstante, en algo se indica que es más o menos la misma. Proliferan los taburetes y cojines y otra clase de asientos ligeros y muy modestos. Ambos están muy contentos, se mueven, se celebran uno al otro, se abrazan a veces. Matilde ríe sin parar. Están vestidos con suéter, mahones y tenis. Los dos cargan bolsas de comestibles. Se percibe una música rock por lo bajo proveniente de la radio que había quedado encendida desde que ellos se fueron.

ANDRES: Ese cura de la conferencia de esta tarde sabe más del matrimonio que tú y yo.

MATILDE: (Sin parar la risa. Pero habría que recordar la cara que puso cuando todos nos reímos al mismo tiempo. (Pausa.) ¿Como cuántas parejas había allí?

ANDRES: (Riendo, pero no tanto como Matilde.) Alrededor de cincuenta.

MATILDE: (Ríe mucho todavía, imitando al cura con el dedo índice en alto, citando.) "Señoritas, tienen que tener cuidado con estos hombres, porque, antes de metido, todo prometido; después de metido, nada prometido". Y el coro de risas de la gente... (La risa no le permite terminar.)

ANDRES: (Aclarando innecesariamente.) Se refería a que antes de casarse el hombre lo promete todo y después de casado no cumple nada.

MATILDE: (Continúa riéndose.) A pesar de que dijo muchas boberías, también dijo cosas sensatas. Bajaste las escaleras a la velocidad del peo y me esperaste en el carro muy sañado... (La risa no la deja terminar.) ¿En qué diablos estabas pensando durante la conferencia?

ANDRES: Pensaba en la vez aquella que encontré un grafiti en el baño de los barones en la universidad.

MATILDE: (Ríe ruidosa, citando.) "Favor de no echar colillas en los uriniales, nosotros no nos meamos en su cenicero. Atentamente, los conserjes".



- ANDRES: (Caminando por el escenario.) Yo cargo los espermatozoides que algún día te harán madre, y por burlarte no te los voy a dar. Eso es algo que debí aclararle a tus padres la última vez que fuimos al campo, y debí haberlo hecho el mismo día en que te conocí. ¡Cero abuelos si su hija se burla de mí! No voy a crear más gente con esos mismos ojos de perico para que después vangan a burlarse de mí. (Pausa.) Pero a ti no te gustó lo que él dijo de la masturbación femenina.
- MATILDE: (Asombrada, pero riendo.) ¡El no habló de eso en ningún momento!
- ANDRES: ¡Ah! ¿Ya ves? ¡A ti sí se te olvidó lo que dijo el sacerdote! (Citando con el dedo índice en alto.) "Señoritas... (Pausa larga.) Y señores... (Pausa larga.) Y alguna otra cosa que haya presente, el every day finger...
- MATILDE: (Fingiendo sobresalto.) ¡Cállate, indecente! (Le tira un cojín, va hacia él que se protege.) Eso te lo inventaste tú...
- ANDRES: ...y aquellos de ustedes que no habéis legalizado vuestra unión, ahora es el momento".
- RAUL: (Interviniendo.) ¿Ves Mónica? Suban las luces.
- MONICA: (Interviniendo, sorprendida.) ¡Oh, todos entran!
- RAUL (Los personajes que son citados abren la puerta y ejecutan ruidosamente lo que Raúl dice.) Entran los amigos, el juez y los padres de Matilde. Traen un bizcocho modesto y celebran escandalosamente gritando al unísono: "sorpresa". Los personajes que entran actúan como afectados por una escena que es de sueño y semi-real. En realidad todo ocurrió hace siete años.
- TODOS: ¡Sorpresa! (Tararean la marcha nupcial).
- MATILDE: ¡Oh, es un sueño! (Muy alegre, a Andrés.) ¿Qué es esto?
- ANDRES: (Alegre.) Nos casamos hoy. Ahora.
- MATILDE: ¿De veras? (Emocionada, va a abrazarlo. Hay celebración general, abrazos, besos, felicitaciones.)
- MATILDE: (Continúa la escena como ensueño. Habla en medio de la algarabía que persiste por lo bajo.) ¿Por qué no me dijiste nada? ¡Mira estas ropas!
- ANDRES: Mejor es así. Era una sorpresa.



ANDRES: (Con falsa y despectiva modestia.) ¡Ah!

LA MADRE DE  
MATILDE

Todo está listo en el cuarto, pueden ir a cambiarse.

ANDRES: Nos quedaremos así.

EL PADRE: (Señalando al juez.) ¿Qué dirá el juez!

MATILDE: Si Andrés dice que nos quedemos así, nos quedaremos así.

EL PADRE: (Afectuoso.) ¡Anden ya! Complázcanos.

MATILDE: (Repentinamente molesta y asombrada, busca por entre la gente, va donde Andrés encrespada, violenta.) ¿Dónde están tus padres? (Andrés, sorprendido, se siente acusado, turbado, anonadado, apenas logra barbuclar un "pues...") ¿Dónde están tus padres? (El resto de los personajes desaparece del escenario como soplados por un viento que los envuelve en un hábito irreal y los extrae del escenario. Andrés permanece igual. Matilde va hasta la radio que todavía persiste con su música rock y se vuelve a él con cierta dignidad y rabia contenida.) ¡Payaso!

RAUL: (Interviniendo, habla a Mónica.) Te lo dije.

MONICA: (Con cierto despecho del que todavía no cree, mira de lado al escenario, con cierta contenida molestia.) Bajen las luces. (Pausa.) Después de unos minutos. Al efectuarse el cambio estamos en casa de Matilde y Andrés, nuevamente parece domingo tal y como comenzó la obra.

MATILDE: (Viste una sencilla bata casera. Actúa como recordando por encima del tiempo lejano.) Fue todo tan bonito. Tal vez la única ocurrencia que hayas tenido jamás. Por lo menos eso te lo agradeceré siempre, aunque me hayas quitado todas las posibilidades de hacer un futuro de política brillante y excelente abogada.

ANDRES: (Que acaba de entrar, viene de pasar visita.) Todavía estás a tiempo.

MATILDE: (Continúa como recordando.) Saliste corriendo a buscar a tus padres que se asombraron cuando llegaste con aquellas tenis asquerosas y aquellos mahones hechos



hilachas a decirle, que efectivo en esos momentos, te estabas casando. Que aprovecharan si no querían perderse la boda. Que habías dejado al juez leyendo los deberes en lo que tu regresabas de buscarlos a ellos. ¡Con todo y la cara que te gastabas fue tu hazaña más sensacional!

ANDRES: ¡Fui loco, meridianamente loco!

MATILDE: Eras adorable.

ANDRES: (Se retira un poco en actitud del que hace un soliloquio. Establece una reflexión pausada y lánguida.) Mi padre no era calvo como yo creo que seré. (Se pasa los dedos por los cabellos a manera de rastrillo.) Era fuerte, lo recuerdo bien, "Serás médico", me dijo. Era como si me señalara un destino prefabricado. Me indicó siempre lo que había que hacer en la vida. Me casé una vez, por eso no pudimos hacer una ceremonia católica, nada resultó, todo se perdió. Fui por ahí como nada, como algo que se lleva una corriente. Y una tarde se dañó mi autobús. Apareciste como eres: marrón y triste y con unas ganas enormes de darme la oportunidad de ser héroe con alguien.

MATILDE: (Va hasta él, lo toma por los hombros, lo anima.) Nada puede compararse con el sueño de antes. Entre nosotros los mejores sueños no están en el futuro, sino en el pasado. Separados sí estarían en el futuro. (Se aparta.) Quizás cada uno vuelva a tenerlo, en otro tiempo, en otro sitio, así, como era: como una corriente que se percibía entre los dedos, una vida plena que venía espontánea de ningún sitio, sin esfuerzo, simplemente, todo aparecía. Debías tener una nueva oportunidad con otra persona.

ANDRES: Te dije que ya no soy ese. Aquel joven azul que te encontré en aquellos campos y que también iba decepcionado. Alguien que tú no sabías que para esa fecha y a esa edad se había divorciado por primera vez. Y que llegó a jurarte que a la gente había que quererla como uno la encontró. Simplemente para que me quisieras así como me conociste y nada más.

MATILDE: Ya no hay nada que entregar, estamos en barreras distintas. Yo debí haber hecho mi futuro.

ANDRES: (Cobrando un tono y un aspecto más pragmático.) Gracias a Dios que te saqué de esas aspiraciones, hubieras estado peor que ahora: aún más decepcionada con todo.

MATILDE: (Como si no creyera en la seriedad de lo que dice.) Tú hubieras sido el esposo de una mujer notable. (Sonríe.)



ANDRES: ¿Algo así como un maletero particular que no se desgasta y siempre sonríe y es amable? ¿Un bufoncito privado que te sacude el polvo mientras caminas apresurada a tus importantes reuniones y a quién apenas miras?

MATILDE: Lo mismo que me ocurre a mí cuando tengo que hacer el papel del anonimato sacrificado y agazaparme detrás de un médico que triunfa y es muy solicitado. Y sobre todo el ama de casa escondida. Te parece bien examinar y curar el corazón de todo el mundo, es decir, el de los demás.

ANDRES: Pero no puedes negar que te quiero mucho...

MATILDE: ¡Me lo imagino! Ya sé de tus pasiones cardiovasculares. (Pausa.) Por piedad, te suplico que no me vayas a dar ahora una lección de cardiología romántica. (Andrés se siente muy herido, Matilde arrepentida, muestra compasión.) Oyeme, cuando no existía el acta matrimonial, es decir, el título de propiedad de uno y de otro, todo nos hacía pensar más en acompañarnos, en tolerarnos. Sin embargo ahora, pienso más en la separación.

ANDRES: (Transición total, muy jocoso.) ¿Cómo vas a pensar en separarte? ¡Una mujer que no tiene nalgas en nuestra sociedad no cuenta! Nadie le da trabajo a una mujer que no tiene piernas gordas. (Muy benévolo y recetando soluciones infalibles.) Cuando vayas a pedir trabajo, debes salir del lugar de la entrevista caminando hacia atrás y sin dar la espalda. Así. (Imitando lo que haría Matilde al retirarse.) "¡Oh!, sí señor". (Da un paso hacia atrás sin dejar de mirarla.) "¿Cómo no?" (Da otro paso y oculta su mano detrás de él como si fuera a abrir una puerta que está detrás.) "¡Hasta que usted me llame, señor". (Cierra la puerta imaginaria, pero siempre sin dar la espalda a Matilde, regresa cerca de ella y se ríe.)

MATILDE: (Como aceptando un reto.) Y tú... Estás casi calvo (Andrés se revuelca el pelo.) Ya estás sacando barriga. (Andrés hace como que esconde la panza.) Ya tampoco tienes nalgas. (El saca las nalgas.) Tienes las piernas flacas y decrepitas. (El se sube los pantalones y se mira las piernas, todo con un gesto de asombro.)

ANDRES: (Muy inocente de todo.) Pero soy médico: la profesión más lucrativa que conozco...

MATILDE: Sí, todo para los otros.

ANDRES: (Va hacia ella, la abraza paternal, le da palmaditas como a una menor de edad, ella rehúye el abrazo. Con ironía, como un consuelo de que algún día vendrá, como si fuera un juguete.) No te preocupes, un día de estos, aunque me pese, te enviaré donde quieras, y serás una mujer notable. (Ella permanece como aterrorizada y muy incómoda bajo el abrazo.)



- MONICA: (Interviniendo, a Raúl.) No puedes llamarme otra vez para que vea esto.
- RAUL: (Apenado.) Lo siento, espero que no.
- MONICA: ¿Cómo es posible que se la pasen así.
- RAUL: No hay que pensar en el cómo, simplemente se la pasan así.
- MONICA: ¿Sacándose graciosamente los pedacitos de uno y de otro?
- RAUL: A todo se llega por ese camino, querida. Como sombras de sus vidas sencillamente no podemos intervenir entre ellos. Sabemos lo que harán pero no podemos decírselos; somos como los muertos que vemos desde acá a los que quedaron vivos. (Con naturalidad.) La gente viva siempre tiene el presentimiento de que alguien les observa.
- MONICA: (Como si no lo hubiese oído, con pena, muy concentrada en mirar a Matilde.) Es como un aliento de mujer que podría revivir o escapar. Un matiz de esencias que se quedan untadas en los muebles de la casa; en las cosas, pero más que nada en la gente. Se percibe de ella como un aire cálido, que viene oloroso como de entre las piernas, y las faldas.
- MATILDE: (Sin mirar a Andrés.) ¿Ya terminaste de reírte?
- ANDRES: Sí. (Todavía se ríe. Reflexiona un poco, va a mirar por la ventana.) ¡Cómo son los pájaros!
- MATILDE: ¿Qué tienen?
- ANDRES: Le tiran a las escopetas. (Se ríe.)
- MATILDE (Que estaba hojeando el periódico, se pone amenazadoramente seria.) Estás muy chistoso.
- ANDRES: ¿Así lo ves tú? (Pausa.) Necesitas espejuelos.
- MATILDE: ¿Para qué necesito espejuelos?
- ANDRES: (Con naturalidad.) Para que veas lo que estoy diciendo. (Se ríe.)
- MATILDE: (Furiosa.) Te vas a coger de... (Lo piensa.) pendeja a tu madre.
- ANDRES: (Imitándola.) ¡Oh! ¡Señora, por favor! ¡Le suplico que no pierda la elegancia! Una señora de su casa no...



**MATILDE:** ¡Qué señora de su casa! ¿Qué clase de médico eres que en realidad me enfermas? Si hubiera sabido esto, no hubiese aceptado trabajar mientras tú solamente estudiabas. (Derrotada.) ¡Me consumes! ¡Adiós a mi tiempo, mi dinero, si lo tuve, y a mi vida!

**ANDRES:** Bueno, no quise molestarte, yo... (Se acerca.)

**MATILDE:** (Le grita, él se aparta espantado.) Pues lo hiciste.

**ANDRES:** (Un tanto arrepentido.) ¿A dónde te gustaría ir hoy? (Quitándole suavemente el periódico de las manos.) ¿No te fijaste si están exhibiendo una buena película?

**MATILDE:** ¿Llamas buena a las de James Bond, "Terremoto", o algo así? (Recobrando el periódico.) Si mal no recuerdo, ya viste el periódico. (Pausa.) Es más, ya hiciste todo lo que haces los domingos por la mañana: me despertaste a las seis para hacer el amor--eres una máquina puntual y diaria--, que por supuesto, lo hiciste tú solo, te bañaste y te lavaste los dientes, te volviste a meter a la cama, te volviste a salir, dijiste que no podías dormir más y finalmente, yo tampoco pude, te pusiste tu bata, desayunaste, leíste el periódico, fuiste a pasar visita y en definitiva, aquí estás atorado como un espeque mortificando. (Con fingida suavidad maternal.) ¿Alguna otra cosa se te ofrece, bebé?

**ANDRES:** (Con sencillez.) No, nada más. (Como dando un nuevo giro a la conversación. Eres realmente tierna. (Con un gesto de resignación y paciencia.) Seguro que sí, eres tierna. Hubieras convencido fácilmente a los tribunales de cualquier cosa. ¿Por qué no regresas a la universidad y terminas tu carrera de leyes?

**MATILDE:** Un tribunal decente no se convence con ternura. Tu concepto de las leyes se parece mucho al que tienes del arte.

**ANDRES:** ¡Cómo no, licenciada!

**MATILDE:** Ni se compra con dinero ni alguna otra cosa.

**ANDRES:** ¡Bien dicho, senadora!

**MATILDE:** Hay que convencerlo con algo que tú no tienes: inteligencia y diplomacia.

**ANDRES:** Breve, pero muy sustancioso su discurso, señora embajadora. (Pausa.) Pero lo que usted no ve--porque no tiene espejuelos para ver lo que yo digo--, es que el tribunal sí se hubiera fijado en sus piernas... (Se interrumpe intencionalmente, fingiéndose turbado.) es decir, sus tiernas recomendaciones, al sentenciar a un culpable. Y que en el estado actual de cosas, tal



y como ocurre en los hospitales y en muchos lugares más, si se puede comprar por política o alguna otra vagatela. Y que en eso no hubieran mediado, su ilustrísima, ni la diplomacia ni la inteligencia. (Enérgico y como molesto.) ¿En qué mundo crees que estamos viviendo?

MATILDE: Me da gracia la estampa que pones para decir eso. (Se sonríe.) ¡Tú! ¡Precisamente tú! (Pausa.) Pero bueno, es que tiene que ser como yo creo.

ANDRES: Estamos hablando de cosas distintas: de la que tiene que ser y de la que es. Y mientras más te tardes en comprender eso, corazón, más te tardarás en emprender tu viaje "reivindicativo".

MATILDE: (Resuelta y tomando muy en serio las palabras de Andrés.) Te burlas, pero yo iré algún día a donde quiero ir. (Pausa.) Quizás me vaya hoy mismo.

ANDRES: (Sin creer lo que él mismo dice.) Me encantaría.

MATILDE: Ya verás. Aún con la clase de espejuelos que tú usas, verás. (Pausa.) Pero ya veo que no me ayudarás mucho, de modo que antes debo salir de ti. Resulta una tarea complicadísima para ti el cargar una maleta inteligentemente. ¡Qué sé yo!, te quedarías atrás y habría que estarte esperando y te perderías confundido con el bul- to de maletas hecho un etcétera. ¿Sabes una cosa?

ANDRES: ¿Qué?

MATILDE: Hoy es un buen día para realizar sueños.

ANDRES: (Súbitamente desconcertado y ya no bromea.) Pues, no sé, tú...

MATILDE: (Citando.) "El matrimonio es una institución de bienes gananciales". (Le pregunta a él aparentando inocencia.) ¿No es eso? Habrá que dividirlo todo entre los dos. Puedes hacer una lista de todo lo que te toca. En otras palabras, todo lo que hay aquí, menos yo.

ANDRES: (Casi en barbucoos, se acerca torpemente.) Oye, ¿de veras que nos vamos a separar...?

MATILDE: (Fingiendo sorpresa.) ¿Pero no lo crees?

ANDRES: Pues yo creí ...

MATILDE: Es que ahora no estás hablando con la licenciada, ni con la senadora, ni con la embajadora; simplemente con la mujer.



- ANDRES: (Reflexiona un poco pero todavía está descompuesto.)  
Lo de la lista te lo puedes ahorrar, en todo caso sólo me llevaré un poco de ropa, tal vez dos maletas. (Pausa.) Y las cargaré yo mismo, inteligentemente.
- MATILDE: Menos mal.
- ANDRES: Quisiera que todo lo demás se quedara como está. Después de todo no lo compré para mí.
- MATILDE: (No cree lo que ella misma afirma.) Tu imagen de proveedor y de hombre protector y considerado, me enternece. Y tu capacidad para ayudarme en las tareas de la casa es abrumadora, francamente, tanta amabilidad me confunde. Estoy anonadada.
- ANDRES: No seas injusta conmigo. Todo lo he hecho para ti: estudios, casa, todo lo que hay aquí. Tú eres la casa, esta casa.
- MATILDE: (Tranquilamente.) Me ofendes.
- ANDRES: Pero es cierto.
- MATILDE: No es cierto, te engañas. Todo lo que has hecho es por ti: vestirte del ambiente que te gusta y tener éxito en el sistema que favoreces. No eres el que vi, ni tampoco el que me interesa.
- ANDRES: (Tratando de entender y de tener paciencia.) No me vas a dar ahora otro discurso. Para todo me espetas...
- MATILDE: (Como retrocediendo un poco, habla pausada.) Antes no éramos así: era mejor no estar casados. Te celebro la ocurrencia de que cuando apenas llegáramos al apartamento estuvieran mis padres allí, con juez, ropas de novios, bizcocho y todo. Menos mal que tu primer matrimonio fue por la iglesia, puesto que esas ceremonias que parecen una parada de conmemoración, no te las hubiese aguantado. Pero ya te dije que tan pronto existe un acta matrimonial, la relación, que era de amor, se convierte en obligación.
- ANDRES: ¿Pero cómo íbamos a vivir juntos más tiempo sin casarnos?
- MATILDE: Nadie lo sabía. Es decir, nadie tenía que saberlo aparte de los que ya lo sabían.
- ANDRES: (Como pensando en otra cosa.) ¿Saber qué?
- MATILDE: Que no estábamos casados. Aparte de los que ya lo sabían. Además, cuando dos personas viven juntos, nadie le cuestiona si están o no casados. Simplemente lo sobreentienden y ya.



- ANDRES: ¿Y seguir así hasta el día de hoy?
- MATILDE: Vuelvo a decirte que un papel convierte la relación en obligación y el amor no es obligatorio.
- ANDRES: ¿Te sientes obligada estando casada legalmente?
- MATILDE: Sí. Y la tentación de romper un matrimonio existe más cuando hay un papel que romper. Cada cual basa en eso las relaciones que tiene con el otro. (Pausa.) No sé si me entiendes.
- ANDRES: (Sinceramente desconcertado.) Me ofendes si piensas que no.
- MATILDE: ¡Quién pudiera tener la seguridad de eso!
- ANDRES: (Cambiando de tono.) Llegué al límite de mis aspiraciones en todo. Y ahora no sé si me entiendes tú.
- MATILDE: ¿En todo, eh? Te fascinan las relaciones mediocres y eres muy difícil de cambiar. Pues salud, señor Director Médico del Departamento de Cardiología. Bébase su copa colmada de aspiraciones, que ya determinaremos el sabor. (Levanta su mano vacía como si estuviera brindando.)
- RAUL: (Interviniendo.) Bajen las luces. (Quedan bajo la luz Raúl y Mónica nada más.)
- MONICA: ¿No crees que ya es suficiente?
- RAUL: Aunque lo fuera ya no habría descanso hasta después de todo. La vida para ellos ha entrado en una de esas etapas donde se pierde o se gana todo. En uno de esos momentos en que ellos no saben determinar si lo mejor de su vida pasó o está por pasar. Creo que debemos quedarnos hasta esta noche.
- MONICA: (Como si lo pensara mejor.) Sí, debemos quedarnos, (Pausa. Mirando al vacío.) ... donde se pierde o se gana todo. (Cambio.) ¿No sería mejor que vivan su noche?
- RAUL: Está bien. Suban ya las luces, ya llegó la noche.
- ANDRES: (Vistiendo ropa casera pero notándose su disposición a salir. De pie, luego camina en escena.) Siempre he dicho que entre tú y yo lo más fácil es dejarnos y lo más difícil es tenernos. ¿Qué estatus de celebridad persigues con tu divorcio? ¿Célebre divorciada o divorciada célebre?
- MATILDE: En nuestro caso la libertad no la va a hacer sólo el hombre, sino con la mujer. (Mirando en su totalidad la figura de Andrés.) Ya se probó que el hombre así



no puede; nuestra causa específica cobrará mayor auge y credibilidad cuando se nos permita dialogar en cualquier frente.

ANDRES: (Sin sentirse aludido.) Tampoco vendrá otro domingo que nos encuentre juntos. Es nuestro día peor y se debe a que estoy en casa porque no trabajo. No hay ya nada que nos rodee y nos cerque para juntarnos. Tejes tus domingos como una estrategia para el desencanto.

MATILDE: Eso has dicho otras veces.

ANDRES: Pero no así, como ahora.

MATILDE: Le tienes terror a los domingos y te sientes mejor en el resto de la semana.

ANDRES: Te pregunté el grado de celebridad que perseguías.

MATILDE: (Tranquilamente.) ¿Para qué quieres una contestación? ¿Para leerme tu manuscrito sobre la divorciada como prostituta privada de su manejador de turno? (Como haciendo memoria.) Recuerdo aquel capítulo que me leíste una noche, donde, como médico sobresaliente al fin, como científico, exponías la necesidad de cierta "higiene especial" después del proceso normal mensual, para evitar los desvarios ocasionales que esto traía como consecuencia.

ANDRES: No tengo ningún manuscrito.

MATILDE: ¿O simplemente para decirme que no es posible un nuevo compañero que la ame, que se atreva a amarla habiendo pertenecido a otro y que atienda sus valores. Te resulta muy fácil definir a la mujer por lo que ella haga con su cuerpo, pero al hombre no.

ANDRES: (Ya en el borde del paroxismo.) Estás... estás desajustada. Crees que puedes cambiarlo todo, vives en las nubes y...

MATILDE: ¿Vas a tratar de infundirme miedo nuevamente para retenerme? Lo has hecho cada vez, cada día, cada año. Así lo hiciste con mi trabajo y lo dejé, así con todo lo demás.

ANDRES: No sé para qué deseas lo que tu llamas libertad y soledad, si tú misma dices que como yo trabajo tanto siempre estás sola. Tienes seis días de soledad y uno de compañía y mira en lo que se convierte ese único día: en una cátedra sobre todos los temas. Desde plantas hasta las cosas más febriles que se te ocurren acerca de qué sé yo cuántas cosas más.



- MATILDE: Ya te convencerás de todo...
- MONICA: (Interviniendo.) Bajen las luces. Todavía estamos a tiempo, Raúl, por piedad.
- RAUL: No hay tiempo. No hay nada. ¿No comprendes que es más fácil así? ¡El lo dijo! (Pausa.) Así la soledad es un mar de tinieblas al principio y un sol más adelante; es tierra, tierra libre. (Señalando al escenario.) Todo es contra la naturaleza, no hay nada que justifique estar sujeto a eso.
- MONICA: (Desesperada.) Es reparable. Todo es reparable.
- RAUL: Tienes miedo. Eres como él.
- MONICA: (Aterrorizada.) Es verdad, tengo miedo. ¿Y qué si lo tengo?
- RAUL: No debías tenerlo, sabes a lo que hemos venido. Siempre lo sabrás, así haremos lo mismo en otro lugar cuando nos vayamos de aquí.
- MONICA: (Angustiada.) ¿Qué infierno nos condena a hacer esto?
- RAUL: No es un infierno y tú lo sabes, es el bien. Sólo hacemos que se encuentren.
- MONICA: ¿Por qué? ¿No es mejor que se quede así?
- RAUL: No. Todo está mal construido. Todo está al revés de como debe ser.
- MONICA: Pero la gente es feliz.
- RAUL: Lo creen así, pero no es verdad. Se condicionan por el tiempo, por los años de lo mismo. Por oírlo se convencen y se dejan llevar, pero no es así en su interior. ¿Cómo es que no lo ves?
- MONICA: (Muy afligida, casi llorando.) El cree poder arreglarlo todo.
- RAUL: ¿Cómo? (Consolándola.) No hay medicina para esto, Mónica. Simplemente es así, es a lo que se llega por el camino que han llegado ellos, y es a lo que irán siempre por ese camino. (Pausa.) Vamos, creo que hemos terminado aquí. (Intenta cruzar de su atril hasta el de Mónica a través del escenario.)
- MONICA: (Muy enérgica.) No. (Raúl se detiene.) No. Amenazante.) Regresa a tu lugar, todavía insisto Raúl.
- RAUL: (Asombrado.) No lo comprendo, ¿qué tratas de probar? Todo esto es nuestra misión. No debes apasionarte y envolverte en...



- MONICA: (Imperativa.) Regresa. (Pausa.) Suban las luces.
- ANDRES: (Entrando en escena. Luce igual vestimenta que en el cuadro anterior.) ¿Regaste las plantas?
- MATILDE: Sí.
- ANDRES: Pensé que podía ayudarte con eso.
- MATILDE: Es un milagro que no te hayas acostado. ¿No tienes guardia por la mañana?
- ANDRES: Sí, pero no pienso acostarme.
- MATILDE: Te dejé la bata tendida afuera; apenas tuve tiempo de lavar y estaba terminando ahora.
- ANDRES: No hay que preocuparse por eso. Te has dado demasiado a las labores de la casa.
- MATILDE: Es lo que creía correcto. Además, pensé que te gustaba. Admiras siempre lo immaculado en todo.
- ANDRES: Si supieras que de todo tú eres lo que más admiro...
- MATILDE: Eso fue lo que dijiste cuando apenas hacía unos días que nos conocíamos. Venías escondido detrás de un ramo de flores, con tus manos clínicamente limpias y el planchado de tu ropa era impecable. No puedo negarlo, estabas guapísimo. Pero te aclaré que la próxima vez que yo cumpliera año, prefería que me regalaras un libro y fuéramos al teatro en vez de comer y bailar. Fue la primera vez que se te cayó el mundo al frente mío.
- ANDRES: (Sonríe.) Todo es así cuando uno está conociendo. Acaso se te olvida que varias veces cuando me serviste tragos en tu casa, allá en el campo, yo tuve que sacar cosas raras del vaso donde estaba bebiendo? ¿Cosas como palillos de dientes o pedacitos de algo que se te hubiera olvidado? ¿Plásticos pequeños de la misma bolsa de hielo.
- MATILDE: (Pensativa.) ¡Fueron tiempos!
- ANDRES: (Pensativo!) ¡Tiempos fueron!
- MATILDE: Es curioso que uno no tenga la capacidad de juzgar el tiempo bueno cuando lo está pasando. Simplemente pasa, uno no lo ve. Lo ve después. ¿Te imaginas poder decir, exactamente en el momento en que se está viviendo: ¡éste es mi mejor tiempo! ¿Y apreciarlo en ese instante y verlo pasar con alegría y sentirlo como si fuera el movimiento mismo de la sangre?



- ANDRES: Matilde, este es nuestro mejor tiempo. Ya verás que no hay nada después de esto. Todo se irá y quedaremos solos tú y yo... Uno cree poder entregarle su vida a los demás y que estos se lo agradecerán y no es así, no debes esperar nada a cambio de tu sacrificio, de tu privacidad, de tu vida única.
- MATILDE: Si me devuelven algo a cambio, eso es prueba de que todavía se puede sembrar.
- ANDRES: Nadie lo hará.
- MATILDE: Andrés. (Pausa larga.) Ha muerto lo que había de hombre bueno en tí.
- ANDRES: Alguien lo mató y yo no me di cuenta. Para mí, ya no hay nada más. (Pausa.) Sin embargo, debo esperar que que tú seas quien pase por ese proceso de desencanto y finalmente te dediques a ti, como lo hago yo ahora.
- MATILDE: No puede ser, no puede ser. Debe haber algo más, tiene que haber algo más. No sólo para mí sino para ti también.
- ANDRES: Ya te acordarás cuando pase el tiempo, como hace unos instantes te acordaste. Te dará nostalgia de la casa que hemos hecho juntos y cuando te rodeen las dificultades y decepciones, volverás aquí, imaginariamente. Lo peor de dar la vida por los otros es la ingratitud. Siempre has confiado en todos y en todo.
- MATILDE: Siempre hay que entregar la vida a algo. ¿Tú no lo haces con tu medicina, por las razones que sean? Admiraría más en ti que ejercieras tu profesión con amor en vez de con interés. Sobre todo cuando el interés está puesto en la cuenta bancaria.
- ANDRES: Está bien, está bien. No vamos a discutir más sobre lo mismo. Cuando no puedas convencer a alguien de algo, mejor déjalo, ya que sólo lograrás ofenderlo. Hay que respetar las ideas de los demás.
- MATILDE: Sabes que ya no te lo creo. Es un clisé más que te has aprendido por ahí. Pues no, hay que seguir discutiendo hasta el final. Yo puedo respetar a la persona, pero no a sus ideas. De otro modo no podremos cambiar la gente.
- ANDRES: ¡Insistes todavía y confías en cambiar a alguien!
- MATILDE: Te he cambiado a ti.
- ANDRES: (Muy asombrado.) ¿A mí?



MATILDE:

Seguro. A ti. ¿Te crees que no me doy cuenta? Lo has preparado todo como si te fueras esta noche de casa. Querías hacerlo todo como si fuera una sorpresa. ¡Todavía te encantan las sorpresas! ¡Como cuando nos casamos! ¿Qué crees tú que pensé cuando me dijiste que no ibas a acostarte? Has arreglado todo mientras yo lavaba ropa en el patio. (Tierna pero dejando escapar una nota de ironía.) Querido Andrés, te he amado durante todo este tiempo y tu candidez para muchas cosas me preocupa todavía. Me preocupa por ti. Pero ya no puedo más, hasta aquí te traje y es necesario que piense en mí.

ANDRES:

Es que... quería que todo tuviera la apariencia de que no hay ya amor entre nosotros.

MATILDE:

No puede ser. Lo hay, lo sé. Todo está claro. Te amo todavía. Pero ya no existen muchas otras cosas más. Esas cosas son las que nos separan.

ANDRES:

Pero es que todavía encuentro que eres lo mejor del mundo. Tu sonrisa es lo mejor del mundo. Tu mirada es lo mejor del mundo. Tus consideraciones, tus consejos, tus manos y hasta el molde que ya he hecho de tu cuerpo, es lo mejor del mundo. Eres la forma que está hecha para mí. (Se acerca y la toma de los brazos.)

MATILDE:

(Transición completa, bromea.) ¿A pesar de mis nalgas vacías?

ANDRES:

Por favor, no bromees ahora.

MATILDE:

(Retirándose.) Andrés, estamos separados ya, acostúmbrate a la idea de que ya no te pertenezco. No soy tu propiedad. No soy tuya. ¡Soy mía! (Va lentamente al sofá, se recuesta en él como si durmiera. Bajan las luces suavemente hasta alcanzar una semi-penumbra.)

ANDRES:

(Se acerca a ella poco a poco. Matilde todavía se arrebujaba un poco más en el mueble y se coloca de lado, con las manos pilladas por la mejilla como si fuera a dormirse.) A pesar de que todavía hablas de mi candidez, es fácil para mí darme cuenta de todo. Es cierto, me has cambiado, ya no seré el mismo. No sé si agradecértelo o molestarme una vez más contigo por hacerme consciente y causarme ese dolor que llamas de aprendizaje. Yo también temo mucho por ti, pero ya no puedo hacerte moldes ni cortapisas. Ni embelezarte con una casa que tú llamas de buen burgués. Serás... y nada más. Te dejo libre, amor mío, pero todavía insisto en que este es nuestro



seguro. (Sonríe a manera de reproche benevoló y final.)  
Y eres tan audaz y tan cabeza dura, que serías capaz  
de hacerme pensar que nuestro mejor tiempo será el  
día que yo ya no esté de maletero y vaya a aplau-  
dirte uno de tus famosos discursos. (Va a la puerta  
del fondo y abre.)

MATILDE:

(Se revuelve como si estuviera en sueños.) Adiós,  
cuidate mucho, querido. (El sale.)

RAUL

(Caminando un tanto apresurado hacia el atril de  
Mónica, le echa el brazo como si quisiera protegerla.)  
Vamos, Mónica, todo se acabó aquí. Bajen las luces.

MONICA;

(Mirando al vacío.) Sí, vamos. ¡Que las bajen ya!  
(Apagón general.)

FIN DE LA SEGUNDA PUESTA

enero-julio, 1983

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO  
JOSE EMILIO GONZALEZ  
FACULTAD DE HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO  
RECINTO DE RIO PIEDRAS